

ESTEREOTIPO E IDENTIDAD

LA INTERACCIÓN ENTRE CULTURA, IDENTIDAD Y ESTEREOTIPO EN LAS NOVELAS DE SÁBATO Y PUIG

Daniel Castillo Durante

(PRIMERA PARTE)

Se suele confundir al estereotipo con el cliché, incluso estudiosos agudos del discurso como Ronald Barthes no dudan en limitar su campo de acción al de una palabra repetida fuera de toda magia, de todo entusiasmo, como si fuese natural, como si por milagro esa palabra que vuelve fuese cada vez la adecuada por razones diferentes, como si imitar pudiese no ser más percibido como una imitación. Mi enfoque diferencia al estereotipo de lo que llamo "unidades de préstamo" (clichés, lugares comunes, topoi, metáforas lexicalizadas, refranes, etc.).

No teniendo aquí el espacio necesario para desarrollar los postulados que sostienen mi tesis, presentaré escuetamente el estereotipo como un modelizador de discursos; aclaro, no obstante, que las unidades de préstamo a las cuales acabo de referirme operan en un espacio agónico (vale decir de lucha discursiva) en función de la interacción entre el estereotipo y la doxa

(opinión). Se puede postular de manera general que la emergencia del discurso de la modernidad en la Argentina encuentra en los escritos de Sarmiento un terreno de argumentación emblemático. La imagen del "argentino" que se desprende de los escritos de Sarmiento halla su condición de posibilidad en el estereotipo. Veo, en efecto, en Facundo (1845) la puesta en escena de mecanismos reductores de alteridad (exclusión del indio del espacio de "civilización" argentino, marginalización y desvalorización del mestizo, etc.) que permiten la construcción en *trompe-l'œil* de una identidad postiza (la del argentino blanco oriundo de Europa) cuya legitimación discursiva permite en última instancia la argentinización de la tierra, vale decir su apropiación y rentabilización por parte de las élites capitalistas. Desde un principio el estereotipo modelizó la relación con el Otro en la escritura de Sarmiento. Una lógica binaria permite al discurso maniqueo de Sarmiento la producción de

una *self image* del argentino profundamente estereotipada; el discurso etnocentrista tiene de este modo un espejo anamorfósico cuyas perspectivas depravadas tienen aún hoy el inconsciente colectivo argentino. Los efectos de anamorfosis (vale decir de deformación como lo indica la etimología griega de la palabra) van incluso a repercutir posteriormente en los pensadores latinoamericanos como José Carlos Mariátegui y José Vasconcelos. La identidad argentina nace, según esta hipótesis que trato de esbozar aquí, como un puro efecto de lo que llamaré, si se me permite la expresión, la **conminación estereotipal**. El trabajo de intimación del estereotipo produce así una relación agónica entre sujeto y discurso en la cual el último termina imponiendo una visión prefabricada.

La argentinidad del sujeto dependerá entonces del mayor o menor grado de conformidad con el modelo forjado por el discurso bajo tutela del es-

tereotipo. El binarismo del discurso de la modernidad sarmientina funciona en un marco de autoceguecimiento y denegación en el cual no cabe un distanciamiento frente a la seducción que producen los mercados hegemónicos (Europa -España excluida- y los Estados Unidos esencialmente en el caso de Sarmiento). Con el objeto de romper con la posición periférica del sujeto argentino, Sarmiento moviliza la imagen de Buenos Aires como quintaesencia de lo argentino, vale decir de una ciudad en conformidad con la self image producida por la conminación estereotipal.

Buenos Aires emerge así como ciudad-cliché; se trata de un topos que brinda un soporte logístico al trabajo de constitución de una identidad argentina; los valores típicamente "argentinos" van a encontrar entonces en este espacio urbano las condiciones necesarias para su legitimación discursiva. Interesa subrayar que Buenos Aires surge como copia de los mercados hegemónicos; en esta perspectiva el deseo que sostiene la enunciación estereotipada de Sarmiento es, pues, antes que nada deseo de copia. El estereotipo opera en el marco de una economía de la repetición; vale decir que el sujeto hablante acomoda su imagen identitaria en base a máscaras discursivas provistas por el fondo doxológico en el cual el estereotipo recicla las unida-

des de préstamo (topoi, clichés, opiniones petrificadas, etc.). En este punto de desarrollo de mi hipótesis interviene la relación del estereotipo con las novelas de Sábato y de Puig.

Los personajes de Ernesto Sábato tienen todas las preocupaciones metafísicas que encuentran marco contextual en el paisaje porteño considerado explícitamente por el narrador como idéntico o semejante en todo caso al de las grandes ciudades de los mercados hegemónicos. Las provincias argentinas siguen funcionando en las novelas de Sábato según el paradigma paternalista e incluso racista de Sarmiento; generalmente los personajes de tez cobriza suelen ser provincianos y la política de representación que los anima se opone a la problemática de los porteños. Esto es particularmente notorio en el personaje de Palito, el guerrillero tucumano que opera en *Abaddón el exterminador* en base a los más elementales clichés merced a los cuales la novela puede presentar a Marcelo, el héroe porteño, como figura emblemática de un compromiso político cuyos valores no obedecen a la realidad latinoamericana si no a una axiología etnocéntrica que puede tener lugar en cualquier capital europea. La perspectiva anamorfósica en la que el guerrillero es presentado permite una reactivación de los diferentes topoi en que suele ser

aprisionado el sujeto provinciano:

Fue él quien habló, quien necesitaba hablar, con un acento tucumano, y con vergüenza le dijo te he mentado, mi nombre no es Luis, es Nepomuceno, y después de un silencio, sonrojándose, Marcelo murmuró algo que quizá quería significar vos nada tenés que contarme. Pero tampoco lo llamaban así, lo llamaban Palito, tal vez porque era tucumano y aindiado como el otro, el que cantaba en la radio, y sobretodo porque era así "ves"?, preguntó levantándose un poco el pantalón, con timidez, con una pequeña sonrisa como de culpa, mostrándole las patitas esqueléticas, la piel casi pegada a los huesos, porque aunque ya eran muchos los días que vivían juntos siempre se las había arreglado para no desnudarse delante de Marcelo o en plena luz. Habían sido ocho hermanos en el ranchito, con la madre que también lavaba para afuera, al padre no lo mencionó, acaso estaba muerto, acaso trabajaba, y todo, eso pensaba Marcelo, para justificar lo de las patas ridículas.

El rasgo étnico -"aindiado como el otro"- caracteriza al personaje que se ve inmediatamente recontextualizado en un medio poblado de topoi miserabilistas: las figuras del "ranchito" poblado de hermanos, de la madre lavandera que "lavaba para afuera", del padre ausente. Marcelo Carranza por el contrario funciona en el paradigma opues-

to; su identificación con el espacio urbano privilegiado -Buenos Aires- hace de él un héroe de la civilización. La violencia de Palito, su destino de rebelde periférico parece en cambio operar en un espacio de barbarie; quizás también eso explique la descripción poco noble de su anatomía ("patas ridículas"). El binarismo sarmientino sigue operando en el texto de Sábato bajo la conminación de una compulsión estereotipal que permite modelizar la imagen del "argentino" en base a valores etnocéntricos. Mucho antes de publicar la novela que cierra su trilogía, Sábato -esta vez desde el terreno del ensayo- reflexiona sobre la obra de Sarmiento en términos que frisan la apología. Resulta interesante observar, sin embargo, que en lugar de interrogarse sobre el sentido profundo del carácter denegatorio de los escritos de Sarmiento (sus dificultades, por ejemplo, para aceptar un diálogo con todo aquello que no sea blanco y "civilizado"), Sábato prefiere reactivar imágenes estereotipadas ("su propia alma poseída por los demonios") que ocultan lo que realmente está en juego en Facundo. En este sentido, podemos decir además que ni Sarmiento ni Sábato lograron nunca entender que el carácter mestizo, profundamente híbrido de las diversas culturas que componen el damero latinoamericano no obedece sólo a razones étnicas; no es verdad, como lo

pretende Sábato, que únicamente en sociedades con "poderosas civilizaciones indígenas" se puedan entender la irrupción de prácticas literarias que problematicen y pongan en perspectiva la realidad latinoamericana. Argentina es también un país mestizo, profundamente híbrido y poblado de vertederos humanos con diferentes orígenes socio-culturales que amenazan desestabilizar el precario equilibrio político en que evolucionan sus instituciones democráticas.

Las provincias argentinas siguen funcionando en las novelas de Sábato, según el paradigma paternalista e incluso racista de Sarmiento...

Los últimos estallidos sociales en la provincia de Santiago del Estero revelan, me parece, el carácter profundamente fracturado del tejido social argentino. Una pauperización creciente en muchas provincias, no sólo del Norte, así como la falta de un proyecto nacional educativo coherente exacerban esta ten-

dencia. La atomización cultural con sus diversos niveles de temporalidades en Latinoamérica debe, por supuesto, ser estudiada caso por caso con el objeto de evitar globalizaciones abusivas. Tesis con tendencia totalizante son no obstante a veces necesarias siempre y cuando se evite su aplicación dogmática.

No le falta razón a García Canclini cuando afirma que "los países latinoamericanos son actualmente resultado de la sedimentación, yuxtaposición y entrecruzamiento de tradiciones indígenas (sobre todo en las áreas mesoamericana y andina), del hispanismo colonial católico y de las acciones políticas, educativas y comunicacionales modernas"; sin embargo, resulta fácil detectar en este tipo de argumentación una lógica determinista cuya rigidez causalista ("los países latinoamericanos son actualmente resultado de ...") impide comprender el carácter profundamente dinámico y agónico -quiero decir de lucha- de las culturas periféricas. Me parece además que la hibridez tal como él la entiende es un concepto que puede ser aplicado al conjunto de las culturas postmodernas sin por eso llegar realmente a entender qué lógica de reciclaje las sustenta realmente. El ejemplo provisto por García Canclini es extensivo, según mi opinión, al conjunto de las sociedades de consumo en Occidente:

En casas de la burguesía y de sectores medios con alto nivel educativo de Santiago de Chile, Lima, Bogotá, México y muchas otras ciudades coexisten bibliotecas multilingües y artesanías indígenas, cablevisión y antenas parabólicas con mobiliario colonial, las revistas que informan cómo realizar mejor especulación financiera esta semana con ritos familiares y religiosos centenarios.

En Canadá, por ejemplo, una de las sociedades occidentales con más alto nivel de vida, se puede constatar que mucha gente tanto de cultura anglófona como francófona pasa sus veranos en exclusivas playas del Caribe, posee artesanías indígenas en sus casas, escucha música andina, come comidas libanesas, tiene bibliotecas con libros en varias lenguas, añade al cablevisión y a las antenas parabólicas la computadora doméstica y el teléfono celular que vuelven incluso redundantes y caducas las últimas tendencias de los mercados financieros y bursátiles publicadas en las revistas especializadas. Lo híbrido, para ser comprendido en su especificidad, exige revelar la lógica interna que lo articula. Me parece -esta será mi hipótesis aquí- que en el caso de las culturas latinoamericanas esta lógica es de reciclaje; la condición de posibilidad de las culturas periféricas latinoamericanas residiría en el hecho de constituirse en vertederos reciclantes, si se me permite la

expresión, de los mercados hegemónicos. En esta perspectiva la obra de Manuel Puig me va a permitir articular la relación entre el estereotipo, la constitución de la identidad argentina y el concepto del reciclaje tal como lo he esbozado más arriba.

El vínculo con el "vertedero" es en la novelística de Manuel Puig una constante que voy a tratar de interrogar aquí a partir de una tematización de la violencia. El "vertedero" revela de este modo el horizonte político que explica la orientación ideológica de los procesos del reciclaje en las prácticas culturales de las cuales la literatura es una de las expresiones más institucionalizadas. En este sentido, entiendo la "ideología" como el proceso que vincula la realidad socio-económica con la conciencia individual; establece una serie de rejillas modelizadoras que dan como resultado usos específicos de conceptos mentales al mismo tiempo que permiten al sujeto su propia representación (la "self image" mencionada al principio de este trabajo) así como la de los otros. Dos tesis -complementarias según mi entender- me servirán de punto de apoyo; además está agregar que ambas sostienen mi itinerario de lectura de la novelística de Puig. La primera es de Althusser, quien establece que la ideología tiene la función -que por otra parte la define- de 'constituir a los

individuos concretos en sujetos; la segunda es de John Fiske, quien ve en el término ideología la descripción de la producción social de significaciones. En el primer caso opera un mecanismo de interpelación en base al cual el individuo de carne y hueso se convierte en sujeto de un discurso ideológico sin tener conciencia de ello. Funciona como agente social y resonador doxológico a la vez. Entiendo por resonador doxológico la posición pasiva que ocupa el sujeto al hacerse eco de todos los ideogramas, lugares comunes, ideas petrificadas, clichés, topoi, etc. que se arrastran en el discurso. El término 'político' remite en el presente trabajo a la organización y al ejercicio del poder en una sociedad organizada así como al gobierno de un Estado. Las relaciones entre la estructura económica, social y el régimen político de un modelo de capitalismo liberal anárquico determinan en la novela una interacción problemática entre el sujeto y el lenguaje. En general los personajes de las novelas de Puig se esfuerzan por identificarse con la 'self image' que proyecta la sociedad argentina a través de sus grupos dominantes; vale decir, el argentino blanco, de origen europeo, de buen poder adquisitivo, de cultura cosmopolita; el ahogo económico que los acusa -sabemos que se trata en su gran mayoría de gente de clases medias en vías de pauperización acelerada- los

hace recurrir a imágenes estereotipadas cloroformizadas vehiculadas por la industria cultural estadounidense; es el caso típico de Toto en *La traición de Rita Hayworth*.

Los mecanismos de alienación que determinan la emergencia de una "falsa conciencia" en este tipo de personajes obedece a esta doble presión ('double bind') que pesa sobre ellos; incapaces de poder identificarse con la alta burguesía (los "pitucos" en el "Diario de Esther, 1947" de *La traición de Rita Hayworth*), terminan resignándose al uso de verdaderas máscaras discursivas que el centro recicla en la periferia argentina y gracias a las cuales les es posible ocultar el vacío existencial y las frustraciones de mercado que caracterizan su ahogo social. Asistimos aquí a mecanismos de falsa identificación que caracterizan por lo demás al sujeto neocolonizado de los mercados periféricos sujetos a un capitalismo salvaje; incapaz de llegar a ser lo que realmente es (según el aforismo de Nietzsche), el sujeto periférico en situación de dependencia cultural sólo atina a identificarse con identidades de préstamo.

Estos mecanismos de falsas identificaciones obedecen a complejas interacciones entre lo económico (la base en lenguaje marxista) y las ideologías (la superestructura). Sabemos que en la tradición mar-

xista, la ideología tiene puramente una causa económica. Una estructura económica específica (por ejemplo el capitalismo) da lugar a una estructura social determinada (por ejemplo, el sistema de clases) y esta estructura social, a su vez, genera maneras particulares de pensar. De este modo la base económica da origen a la superestructura ideológica; dentro de este cuerpo de doctrinas, una ideología dada es causada por un sistema socioeconómico particular; siempre dentro de la lógica marxista ortodoxa, la función de dicha ideología es la perpetuación del sistema que la engendró.

Las dos tesis citadas más arriba flexibilizan considerablemente esta posición teórica en la medida en que 1) se cuestiona la subordinación exclusiva de lo ideológico a la base económica, 2) los cambios ideológicos no se ven sólo limitados a modificaciones en la esfera de lo económico, y 3) las "clases bajas" disponen de ciertos mecanismos de subversión y/o de recuperación de las ideologías de las clases dominantes. Vale decir que la interacción entre las prácticas culturales y lo ideológico nos permite comprender de manera dinámica la lucha que se produce entre diversas tendencias sociales en el seno de una sociedad dada.

Los diversos discursos que lo literario (las novelas de

Puig) recicla a través de una tematización de la violencia en el espacio axiológicamente degradado de la Argentina de *The Buenos Aires Affair* me permitirá interrogar ahora a la novela como lugar de reciclaje cultural y de lucha al mismo tiempo.

Esta dimensión agónica -de lucha y de resistencia- de la novela de Puig nos descubre el vertedero como metáfora epistemológica de un espacio social -el argentino- en el que discurso y violencia son inseparables.

El título original de este notable trabajo del profesor Daniel Castillo Durante es *El Estereotipo como condición de posibilidad de la identidad Argentina*. Fue reducido al que preside el artículo por razones de orden gráfico.

De otro lado, por su extensión, ha sido dividido en dos partes. La segunda aparecerá en nuestro próximo número.

N. de R.